

DICE EL PAPA

Del Papa JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica "PASTORES DABO VOBIS"

Además, los sacerdotes que están ya en el ejercicio de su ministerio, parece que hoy sufren una excesiva dispersión en las crecientes actividades pastorales y, frente a la problemática de la sociedad y de la cultura contemporánea, se sienten impulsados a replantearse su estilo de vida y las prioridades de los trabajos pastorales, a la vez que notan, cada vez más, la necesidad de una formación permanente.

Por ello, la atención y las reflexiones del Sínodo de los Obispos de 1990 se han centrado en el aumento de las vocaciones para el presbiterado; en la formación básica para que los candidatos conozcan y sigan a Jesús, preparándose a celebrar y vivir el sacramento del Orden que los configura con Cristo Cabeza y Pastor, Siervo y Esposo de la Iglesia; y en el estudio específico de los programas de formación permanente, capaces de sostener, de una manera real y eficaz, el ministerio y vida espiritual de los sacerdotes.

El mismo Sínodo quería responder también a una petición hecha por el Sínodo anterior que trató sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Los mismos laicos habían pedido la dedicación de los sacerdotes a su formación, para ser ayudados oportunamente en el cumplimiento de su común misión eclesial. Y en realidad, "cuanto más se desarrolla el apostolado de los laicos, tanto más fuertemente se percibe la necesidad de contar con sacerdotes bien formados, sacerdotes santos. De esta manera, la vida misma del pueblo de Dios pone de manifiesto la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre la relación entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial o jerárquico, pues en el misterio de la Iglesia la jerarquía tiene un carácter ministerial (cf. *Lumen gentium*, 10). Cuanto más se profundiza el sentido de la vocación propia de los laicos, más se evidencia lo que es propio del sacerdocio".



De San Juan de Avila.

Muchas cosas se requieren para cumplir con la obligación del oficio de cura de almas; porque, si miramos a la dignidad sacerdotal que le es aneja, conviene tener ferviente y eficaz oración y también santidad. Lo cual ha de ser con tanta más ventaja en el cura cuanto mayor y más particular obligación tiene de dar buen ejemplo a sus parroquianos, y de interceder por ellos ante el divino acatamiento de Dios, con afecto de padre y madre para con sus hijos, pues se llama padre de sus parroquianos (*Tratado del sacerdocio*, 36).



AÑO SACERDOTAL

Parroquia de San Pedro Apóstol
Ciudad Real



N.53

20-06-2010

Querido amigo:

Érase una vez un entrenador —el Gran Entrenador— desesperado porque había perdido a su mejor delantero unas horas antes del gran encuentro. El "crack" recibió una buena proposición del equipo rival y no pudo resistir la tentación de mejorar sus ingresos. Nuestro entrenador —el Gran Entrenador— salió desesperado a la calle: buscó, no encontró, y al final, casi a empujones, "fichó" a un joven cojo, con una pierna de madera al modo de aquellos piratas "pata de palo". Había que salir del paso como fuera. Le dio instrucciones rápidas y cortantes: colócate ante el portero, distrae a los defensas, insúltalos si hace falta, grita, mueve los brazos... Si te desprecian y se descuidan, trata de meter el balón con cualquier parte del cuerpo que no sea la mano; si te atacan, déjate caer que quizá los árbitros, compadeciéndose de tu cojera, piten un penalti facilón a nuestro favor.

No debió ir muy mal al equipo, o quizá las finanzas no dieron para fichar a otro. El resultado es que nuestro delantero cojo siguió jugando partidos y partidos. Cuando le llegaba el balón, hacía extraños movimientos para lograr tocarlo; el público reía y aplaudía entre la burla y la admiración: ¡torero! ¡torero! Era tal el escándalo del graderío que los enemigos se ponían nerviosos y los compañeros se crecían. Además, el público antes escaso, ahora llenaba las gradas para no perderse el espectáculo.

Más o menos ese es el cuento, y también podría ser mi historia: la historia del delantero cojo y del Entrenador astuto. ¡Ah, lo olvidaba! Una vez metí un gol, de chamba pero válido. Si te he hecho sonreír págamelo con una oración.

Un abrazo

TESTIMONIO

¿Qué decir, qué expresar sobre la vocación sacerdotal? Se pueden contar episodios de una vida más o menos normales pero adentrarse en el misterio de porqué uno percibe que ese es el camino y la forma de su vida; saber con certeza que es eso lo que Dios pide y no poder dar razones convincentes sino solamente dejarse llevar por esa certeza, puede resultar incomprensible. Y sorprende también la sencillez con que eso sucede.

Mi familia es una familia profundamente creyente. Desde que yo recuerdo, Dios, la fe y la Virgen María en su advocación del Carmen han estado siempre como referente de la vida familiar. Tengo grabada la pertenencia a mi Parroquia en Tomelloso, Santo Tomás de Villanueva, y a sus sacerdotes -aún hoy continúan prácticamente los mismos- y que con 7 años comencé a ser monaguillo. Desde pequeño recuerdo ir a misa algunos días de diario, y leer las lecturas. Recuerdo el profundo respeto que siempre los sacerdotes tuvieron conmigo. Si mi memoria y recuerdos no me fallan, creo que ninguno me habló nunca del Seminario ni de ser sacerdote. Sin embargo, con 12 años, pedí venirme al Seminario. Ese año no ingresé pero sí lo hice al año siguiente, en el año 1983.

Cuántos recuerdos de compañeros, de una convivencia en el Seminario alegre, sencilla, cálida en la que, año a año, fui creciendo. No es por idealizar el pasado, esos son mis recuerdos. Unos profesores atentos y muy buenos; unos formadores, sacerdotes, entregados en la misión que la Iglesia les había encomendado y que con profundo esmero y respeto nos fueron haciendo crecer en lo humano y en lo vocacional. Con cuánto cariño recuerdo todo aquello.

Fueron pasando los años y la respuesta a la llamada que sentía en mi interior se fue afianzando. Recuerdo el curso de COU como el momento especial en el que la vida sacerdotal y la entrega a la Iglesia u otros caminos surgieron como una disyuntiva, como dos caminos distintos. En mi memoria interior lo recuerdo con naturalidad, no con tensiones, y, también, que con rapidez la decisión estaba tomada. Una convicción profunda me hacía ver que Dios quería que siguiese en el Seminario y en la vida sacerdotal. Aunque puede parecer que ese momento puntual pudo ser clave, sin embargo, yo no lo recuerdo así. Fue más un continuo que venía sembrado por los años anteriores y que se sigue prolongando hoy en un "sí" continuo.

Muchas veces he recordado al profeta Jeremías, los primeros versículos del capítulo 1, porque tantas otras veces me he sentido siendo sacerdote como si fuera un niño al que la misión lo supera con creces, con muchas. En estos casi 14 años así ha sido. Y en estos 14 años sólo puedo darle gracias a Dios por todo. Un profundo sentimiento de gratitud que envuelve y llena todo el corazón. No han estado libres estos años de dificultades, de momentos de sombra, de fallos, de debilidades, de tristezas pero le doy gracias a Dios por todo ello. En todo este tiempo he vuelto a redescubrir que estoy dispuesto a seguir respondiéndole con toda mi vida y espero poder ser un buen instrumento suyo. En sus manos pongo toda mi vida.

Quiero, al mismo tiempo, darle las gracias también a toda mi familia porque ellos han vivido y viven el sacerdocio tanto como yo. Sin el apoyo, desde el principio, desde niño, de mis padres, sin sus esfuerzos, sin sus renunciaciones, no hubiera sido prácticamente posible. Dios puede llamar pero puede que los afares y dificultades de la vida, y otras tantas cosas, impidan las respuestas. También doy gracias a Dios por el profundo cariño de mi hermana porque siempre está pendiente de nosotros y de mí. Con ellos he aprendido, simplemente, lo que significa una familia, crecer en ella, quererse y comprenderse también en ella y, además, profundamente enraizada en Dios. Son cada día un ejemplo de vida que me sorprende y me conmueve. Por supuesto, a mi tía que siempre dice que es como una segunda madre y a mis abuelos que Dios quiera estén gozando ya de su presencia. Veo en todo ello que una vocación no puede hacerse sola sino que hay muchas personas de las que depende y, en mi caso, han sido ellos.

Quiero, por último, mostrar mi profunda gratitud y mi reconocimiento a la Parroquia de San Pedro porque vosotros habéis sido una parte fundamental de mi tarea sacerdotal y una parte esencial en mi sacerdocio. Habéis supuesto para mí el descubrimiento de que el Pueblo santo de Dios merece, y necesita, sacerdotes entregados por entero con fidelidad a su servicio. Que Dios os bendiga.

Miguel Angel Jiménez Salinas

ORACION

Madre Nuestra María Santísima,
Madre del verdadero Dios,
hoy te suplico humildemente que intercedas
por tus hijos sacerdotes
Pídele a Dios Espíritu Santo,
encender en el corazón de ellos
el FUEGO DE SU AMOR.
Un fuego que les de calor,
y luego que la chispa de ese fuego
contagia a todos los que se acerquen a ellos.

Un fuego que caliente a los que tengan
frío en su corazón,
que sea una llama de amor
que no se apague nunca,
ni de noche ni de día.
Que sea un fuego que queme
todo los resentimientos,
todos los malos recuerdos,
todo lo negativo, todo el dolor,
toda la falta de amor,
todo lo que necesita renovarse.

Y luego que brote de ese mismo corazón
un RÍO DE AGUA VIVA,
un río que apague primero la sed
de este tus siervos,
su sed de Dios, su sed del Amor de Dios,
su sed por la salvación de las almas.
Y después que sea una fuente
de donde las almas puedan encontrar
y experimentar el AMOR DE DIOS,
su misericordia,
su perdón por medio de la absolución
dada por Tu Hijo Jesucristo
a través de las manos de estos sacerdotes tuyos.